



Caras y Caretas 3 VI 1922

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I



En un breve ensayo errático, de esos que uno empieza a lo que salga, en muy premeditada improvisación — y que suelen ser los que más firme unidad guardan bajo su aparente incoherencia — os hablaba del uso de los pantalones como lo más característico de nuestra actual civilización occidental, de esta civilización cuyo ocaso estudia el ya célebre filósofo alemán Oswald Spengler en un libro que ha metido no poco ruido en su tierra (*Der Untergang des Abendlandes*). Libro en que se da el valor central al estilo. Y para estilo el que los pantalones imprimen.

Todos hemos oído a los escultores quejarse de las dificultades que ofrece poner en estatua a un sujeto con pantalones y como o procuran ponerlo sentado o le envuelven en una capa. Así, en amplia capa, está en Madrid la estatua de Mendizábal, una de las mejores que hay en la Villa y Corte. Las estatuas ecuestres salvan el inconveniente de los pantalones. Y los calzónes son aun peores para el arte, como sucede con todo lo que es a medias. El calzón es un pantalón vergonzante o incipiente.

Nos decía una vez un escultor: «Así como el usar sólo bigote es un disparate artístico, pues o se afeita uno del todo, como los romanos, o se deja toda la barba, como los bárbaros, así para la escultura o hay que representarle a uno desnudo, de modo que se le marquen bien distintas y dibujadas las dos piernas o envuelto en una toga o manto que le llegue a los pies y hasta de él como un tronco; en pantalones no hay modo de hacer una estatua». Pero creo que esto se debe a que nuestros escultores, atados a la tradición clásica greco-romana, no han encontrado la estética de los pantalones. Y es muy de temer que cuando un escultor, cubista o ultraista, haya dado con el estilo escultórico pantalonero empiece a desaparecer el uso de los pantalones. Que la belleza de una cosa empieza a desentirirse cuando esa cosa empieza a desvanecerse y desaparecer. Esperemos, pues, al ocaso de los pantalones para descubrir su valor artístico. Pero con rodilleras, claro.

En una de mis novelas esotéricas, no recuerdo si en «Amor y Pedagogía» o en «Niebla», he disertado sobre el valor estético de las rodilleras y no necesito añadir que lo de usar pantalones en que se marque el pliegue es de un estilo puramente cubista.

En los dibujos más antiguos, en los dibujos troglodíticos o cavernarios, los que se encuentran en las cuevas en que habitó el hombre prehistórico, suele verse la figura humana reducida a una especie de esquema, casi a un jeroglífico, y en cuclillas, así:



De donde algunos han querido sacar de un lado la cruz,



el tronco de un hombre con los brazos en cruz, y de otra parte, una eme mayúscula, M



Buenos Aires (R. A.)

las piernas de un hombre en cuclillas. Que podía tan bien como estar desnudo estar en pantalones.

A las figuras que dibujan los niños les llamamos santos o monos y decimos que hacen santos o hacen monos. Y a un mal pintor se le llama un pintamonas. En cuanto a los santos esto proviene de que lo que generalmente se pintaba, se modelaba, se tallaba o se esculpía eran imágenes de santos. Todas ellas en toga, en faldas, en manto o si es acaso desnudos como San Sebastián, pero en pantalones nunca! ¿Un santo en pantalones? ¡Horror! La santidad parece incompatible con los pantalones. Y es que hasta los santos más modernos, los últimamente canonizados por la Iglesia, son en general sacerdotes o frailes, y éstos se nos presentan en faldas, con traje talar. Y pasemos a los monos.

Aquí una pequeña digresión lingüística respecto a la etimología de la palabra mono. Que nos parece sea lo que suele llamarse una formación retrógrada, como

loro, que se ha sacado de lorito — primero: el orito, voz indígena americana — suponiendo a éste un diminutivo, aunque no lo es, o zarza de zarzillo (*circellum*) o legislar de legislación. Y así mono suponemos que sea una formación retrógrada de monigote, que es, a su vez, lo mismo que monaguillo un derivado de monago (latín *monachus*), monje. Pintar monos sería, pues, lo mismo que pintar monigotes o monjecillos o frailecillos, o sea santucos. Y de esta expresión de «pintar monos» o monigotes vendría el aplicar la voz mono a una figura que remeda toscamente la del hombre o sea la del jirón. De modo que no del animal se le llamó a la figura gráfica, sino de ésta al animal, y de la frase de «pintar monos» análoga a la de «pintar santos» se pasó a llamar mono al macaco o jirón. Y el mono, desde luego, como el santo, no usa pantalones. Ni los necesita.

Véase por donde los santeros y pintamonas no han podido aun encontrar el estilo pantalonero, o sea cubista. Y se comprende que cuando los fieles católicos al oír misa ven que al oficiante le asoman los pantalones — vestido profano y casi racionalista — pierden la devoción.

Y no se crea el lector que estas son ingeniosidades más o menos amenas, ¡no! Esto es filosofía estética. Y le aseguramos que hay en esto una concepción tan trascendental de la vida y de la historia como puede haberla en nuestra novela — o nivola — «Niebla», que uno de nuestros críticos franceses emparenta, en cuanto a su sentido, con «La vida es sueño». Carlyle escribió su «Sartor Resartus», que quiere ser una filosofía del traje, pero si se hubiese limitado a los pantalones, contraponiéndolos al traje talar o togado, habría descubierto acaso la esencia de nuestra civilización. Después de los pantalones lo más característico de nuestra época cultural es la corbata. Pero la corbata o dogal de ceremonia merece consideración aparte.

Pintamonas  
y  
pantalones  
Por  
M i g u e l  
de  
U n a m u n o

